

fué ingrata la Virgen, porque habiendo perecido en el torneo el caballero, reveló nuestra señora á una fiel sierva suya que habia muerto en buen estado y que ella le habia impetrado el perdon de sus pecados en consideracion de aquella accion tan loable.

VI. A fin de facilitar la mortificacion de las pasiones daré cierta práctica suave y eficaz á un mismo tiempo. Consiste en coger todos los dias una flor de una victoria de sí mismo en las ocasiones que ocurren en el dia: con esas flores se forma un ramillete para presentarle á la Virgen á la hora de la muerte y granjearse por este presente su gracia y la de su hijo en aquel terrible trance. Para obligarse á este ejercicio se hace un cuaderno de papel y se escribe por título: *Ramillete de flores que he cogido todos los dias de mi vida para regalársele á la Virgen á la hora de mi muerte. La primera la cogí el dia tal de tal mes y año, que era el vigésimo, trigésimo etc. de mi vida.* Cada dia antes de acostarse se señala con una cruz la flor que se ha cogido en el dia, ó dos, ó tres, si se ha vencido uno otras tantas veces en la ocasion. Si se han dejado pasar todas las ocasiones de vencerse, se pone un cero para denotarlo.

VII. Es admirable (como han experimentado los que practican esta devocion) qué disgusto se recibe de poner los ceros y cómo ese disgusto estimula á vencer las ocasiones para coger las flores.

CAPITULO XI.

DE LA IMITACION; DÉCIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

No se tenga en menos estima la imitacion, porque viene detras de otras varias especies de reconocimiento. De propósito le he guardado este lugar, porque no tanto

es una virtud particular y diferente de las otras, quanto un conjunto de todas las virtudes, á las que añade solamente un motivo general de practicar actos para parecerse á la persona á quien honra. Por lo demás quando se considere atentamente, se hallará que la reina del cielo la ha apreciado y aceptado cual ninguna.

§ 1.—Que la imitacion es una de las maneras mas gratas de reconocimiento que se presentan á la madre de Dios.

I. El preguntar por qué debemos imitar á la Virgen es lo mismo que preguntar por qué debemos amarla, supuesto que el amor es padre de la imitacion. Dice Aristóteles que el amor no puede existir sin la semejanza, de suerte que si no se funda en ella y no la encuentra formada, es menester que la produzca. Se priva de todos los gustos, desprecia todos los bienes y ventajas por asemejarse al objeto amado, y todo lo da, todo lo hace, todo lo acomete porque el objeto amado se asemeje á él. Pero especialmente el amor maternal vive y se alimenta de la semejanza. El amor de las madres se fija con preferencia en los hijos que mas se les parecen. Este es el motivo del prudente consejo que nos da san Buenaventura. «Si quereis, dice (1), adelantar mucho en poco tiempo con vuestra madre, ser obsequiados de ella y no sufrir jamás repulsa en ninguna cosa de las que le pidais; procurad imitarla en quanto os sea posible.» «Grandemente os equivocariais, dice S. Agustin (2), si juzgárais que haceis mucho con recurrir á ella sin tratar de asemejaros á ella: hasta que hayais imitado su humildad y sus otras virtudes, persuadios á que no habeis hecho nada, porque la verdadera piedra de toque del

(1) Stimul. divin. amoris, c. 7. (2) Serm. 35 de sanctis.

amor y la devoción está en imitar aquello que se honra.»

II. Digaseme si aun cuando no nos tocase nada, no sería bastante para imitarla que fuera, como en realidad es, el dechado mas excelente de todas las virtudes que podemos escoger despues de Dios. No quiero alargarme mas, porque ya la representé en otro lugar como la reina de las virtudes (1). Pero ahora que el lector puede considerarla como madre, ¿no es cosa de mucho consuelo que no haya necesidad de ir á buscar lejos objetos de imitacion y que tengamos los ejemplos domésticos de toda virtud, es decir, un padre que es la santidad misma, y una madre que es la idea completísima de toda perfeccion? Esta es la dicha y la ventaja de los hijos de la mujer fuerte de los Proverbios, verdadera figura de la madre de Dios, que todos los de su casa estan provistos de dos vestidos; lo cual quiere decir no solamente que tienen vestidos de invierno y estío, esto es, segun la observacion del cardenal Hugo, santos hábitos que los defienden de la perniciosa influencia de las estaciones, como son la fortaleza, la paciencia, la mansedumbre y la humildad, y los que son á propósito para el buen tiempo, como la piedad, la devoción, la prudencia y otras, sino que á mas estan vestidos por imitacion de las diferentes libreas de sus padres, vistiéndose no solo de Jesucristo, como aconseja el Apóstol (2), sino adornándose de Maria, la regla perfecta de toda pureza, como dice S. Buenaventura. Asi el profeta Isaias no contento con que pongamos los ojos en Abraham, padre de los creyentes, quiere á mayor abundamiento que tengamos siempre delante la imágen de su casta Sara, una de las antiguas figuras de nuestra señora. Me disgusta sobre manera que descendiendo nosotros de tan buena casa

(1) Trat. 4, cap. 40.

(2) Ad rom., XIII.

MATER DOLOROSA

PLEGARIA.

Virgen del infortunio, doliente Madre mía,
En busca de consuelo me postro ante tu altar,
Mi espíritu está triste, mi vida esta sombría,
Pasaron sobre mi alma las olas del pesar.

Estoy en desamparo, no tengo quien me acoja;
Hay horas en mi vida de bárbara afición,
Y solo... siempre solo, no tengo quien recoja
Las lágrimas secretas que llora el corazón.

Es cierto que del mundo en la corriente impura
Cayeron deshojadas las rosas de mi fe,
Que en pos de mil fantasmas de juvenil locura
Corriendo delirante, Señora, te olvidé.

Que me cegó el orgullo satánico del hombre,
Y en mi ánima turbada la duda penetró;
Y se olvidó mi labio de pronunciar tu nombre
Y de mi mente loca tu imagen se borró.

Es cierto... ¡pero escucha!... De niño te adoraba,
Al pie de tus altares mi madre me llevó...
Llorando, arrodillada, la historia me contaba
Del Gólgota tremendo cuando Jesús murió.

Y vi sobre tu rostro la angustia y el quebranto,
Caía sobre tu frente la sombra de una cruz,
Tus lágrimas rodaban y negro era tu manto....
Todo de un cirio pálido a la siniestra luz.

Entonces era un niño, no comprendí tu duelo;
Pero te amé, Señora, ¡tú sabes que te amé!
Que dulce, inmaculado, alzábase hasta el cielo
El infantil acento de mi sencilla fe.

Por esa fe de niño, por el ardiente ruego
Que al lado de mi madre con ella repetí,
¡Virgen del infortunio, cuando a tus plantas llego,
Virgen del infortunio, apiádate de mí!

Tú miras, Reina augusta, la senda que cruzamos:
Con llanto la regaron generaciones cien,
A nuestra vez nosotros con llanto la regamos,
Y las que vienen luego la regarán también.

A nuestro paso vamos dejando en sus abrojos
Pedazos palpitantes del roto corazón;
Y andamos... y andamos... y no hallan nuestros ojos
Ni tregua a la jornada, ni tregua a la afición.

Mas tú eres la esperanza, la luz y el consuelo,
Tus ojos levantados suplican al Señor,
Tus manos están juntas en dirección al cielo....
Tú ruegas por nosotros, ¡oh Madre del dolor!

En busca de consuelo yo vengo a tus altares
Con alma entristecida y amargo corazón;
Y pongo ante tus ojos, Señora, mis pesares,
Y en lágrimas se baña la voz de mi oración.

No mires que olvidando tu imagen y tu nombre
Al viento de este mundo mis creencias arrojé,
Acuérdate del niño y olvídate del hombre....
Mi frente está en el polvo.... perdóname.... pequé....

¡Oh! por mi fe de niño, por el ferviente ruego
Que al lado de mi madre con ella repetí,
Virgen de los Dolores, cuando a tus plantas llego,
Virgen de los Dolores, ¡apiádate de mí!

nos a los revueltos piélagos de la política sin una sólida preparación y sin una organización fuerte y vigorosa. Pegarnos nada más a la espalda de otros partidos, es poco decoroso para hombres cristianamente libres.

Es también una verdad de política católica, que, en no habiendo un candidato bueno, conviene votar por el menos malo. Pero también es verdad que hasta ahora, no se ha probado con razones contundentes que entre los tres candidatos contendientes haya alguno menos malo bajo todos conceptos.

Bonillas no trae pedazos de carne humana en sus manos, como los demás revolucionarios; pero ¿no traerá arrastrando los despojos mortales de la Patria? Bonillas no tiene palacios levantados a base de rapiñas escandalosas y conocidas; pero ¿no traerá hipotecada nuestra autonomía a las sectas protestantes y sus bolsillos no vendrán repletos con los treinta dineros de la iniquidad?

orta en los católicos

co es para educar de verdad; esto es, para moralizar y para instruir: moralizar, inculcando las doctrinas y prácticas cristianas; instruir, enseñando la verdadera ciencia.

Fundados en estas consideraciones, razón tuvimos para asombrarnos; y seguros estamos de que nadie presentará consideraciones que contrarresten, que superen a las nuestras.

Remitimos a las profesoras católicas que *toleran* la moda pagana en sus alumnas, al número 74 de este semanario, a fin de que lean nuestro artículo "UNIFORMES EN UN COLEGIO CATÓLICO," y mediten sobre las consideraciones que en él hacemos, completándolas con

Mal huésped tenemos, o mejor dicho tienen los carrancistas antiguos y los de cuño reciente.

Nos referimos a Blasco Ibáñez, escritor de la extrema izquierda, que no por ser español deja de ser acérrimo carrancista.

En efecto: si la inmoralidad debe mucho a don Vicente, el carrancismo no le debe menos, y por esto se le festeja como a príncipe de las letras bolcheviques y se le trata a cuerpo de rey.

De la comisión organizadora de los festejos ibañescos, forman parte los poetas "Acólito del Alcafor" y "Rajita de Canela," con lo que dichos festejos tienen para estar muy olorosos y sabrosos.

Añádase la cooperación como conferencista del académico ex-gobernador de Jalisco, Pepe López Portillo y Rojas, que empezará su conferencia sobre la novela mexicana, haciendo su profesión de reciente carrancista. Esto lo pide la lógica.

Y como digno remate de los festejos, la salutación que la Universidad Nacional le dirigirá en latín lapídeo.

¡ALLA LE VA UN APLAUSO!

Aunque sea por carambola o como la Burra de Balán, el señor Comendador ha dicho una verdad grande como un Himalaya. Hablando en un editorial de la enseñanza de la Historia, dice: "El relato de los hechos pasados sirve siempre para que los escritores exhiban sus pasiones políticas y sus preferencias interesadas o puramente afectivas.... Y hemos cedido, sobre todo, a la infantil vanidad de forjar héroes y de inventar epopeyas." Muy bien dicho, bien habló el señor Comendador. Pero ¿y quiénes son esos falsos historiadores, forjadores de héroes e inventores de epopeyas? ¿No podría decírmolo su Eminencia?

El pequeño Weishaupt

El padre del iluminismo en el siglo XVIII ignoraba que en esta tierra de Anáhuac había de nacerle un retoño en el siglo XX. Pero, nada, el hecho se ha verificado y ahí tienen ustedes al pequeño Weishaupt encumbrándose entre las vaporosas nubes de un iluminismo, parte con tonos de mística suavidad y parte con agresiones de soberbia calvinista.

Refiriéndose nuestro pequeño iluminado a un suelto nuestro en

y no pudiendo levantar los ojos sin tener delante los singulares ejemplos de tales padres seamos tan tardos para caminar en pos de ellos. Con efecto ¿cómo, ni con qué pretexto cohonestaremos nuestra negligencia y cómo sufriremos el cargo que mudamente nos hacen tantas buenas acciones y ejemplos?

III. Hablemos solo de la Virgen, pues aquí no se trata mas que de ella. Si se alegare que esas dotes son inimitables como tan levantadas sobre el común de los hombres, replica S. Bernardo: «¿No hay en ella otra cosa alguna que pueda ser imitada? ¿Juzgamos que si carecemos de mansedumbre, de humildad, de magnanimidad, de compasión, podremos excusarnos con la singularidad de sus perfecciones (1)?» Si se dice que no podemos llegar a ser la madre de Dios, ¿qué se responderá a S. Gerónimo (2), S. Ambrosio (3), S. Pedro Damiano y Hugo de S. Victor, los cuales sostienen paladinamente la afirmativa? Dice el primero: «Tenemos medio de ser madre de Dios; pero es por espíritu.» «Hagamos la voluntad del Padre, dice el segundo, y seremos la madre del Hijo.» «La Virgen santísima, dice el tercero, concibió al Verbo divino en su seno corporal, y nosotros le concebimos en el seno de nuestra alma: ella le crió con la leche preciosa de sus pechos virginales, y nosotros con los regalados manjares de nuestras santas obras.» «No nos engañemos, hermanos míos, dice el cuarto, porque si intentamos gozar de la bienaventuranza eterna que nos está preparada, es necesario que seamos antes las madres de Jesucristo; quiero decir que le concibamos, le llevemos, le paramos y le poseamos como nuestro. Le concebiremos por la fé, le llevaremos por la

(1) Serm. in Signum magnum.

(2) Epist. 22 ad. Eustoch.
(3) In cap. XXI Luc.

buena voluntad, le pariremos por las buenas obras y finalmente le poseeremos en el cielo cuando sea todo nuestro y nosotros todo de él.» Si esas cualidades que tan distantes parecen de nosotros, no estan sin embargo fuera de nuestros alcances; ¿qué será de su singular modestia, su anonadamiento sumo, su pobreza voluntaria, su admirable confianza, su perfecta caridad para con Dios y el prójimo y sus otras virtudes, que son mas humanas y asequibles por decirlo así? Pero no nos adelantemos, porque tiempo habrá para considerarlas en particular y aficionarnos á imitarlas.

IV. Entretanto digamos por conclusion que estamos tambien obligados á imitarla por los grandes frutos que nos redundan de esa imitacion. ¿Qué mas queremos, pues desde luego hallamos la dicha en este santo ejercicio? Oigamos á su devoto siervo, y él nos declarará en qué consiste particularmente esta dicha. «La Virgen santísima, dice, conoce de un modo especial á los que la aman, y se acerca á los que la imploran, particularmente cuando procuran parecerse á ella en la castidad y la humildad: quiere singularmente á los que han puesto toda su confianza en ella despues de Dios y la sirven de todo corazon. Ademas acordáos de que no es tan poco el haberse granjeado su gracia y amistad, porque es omnipotente en el cielo y en la tierra, la vida de nuestra alma está en sus manos, los ojos de todos los cristianos estan fijos en ella, y ella les da el sustento de la gracia, como que es la verdadera fuente, la madre y la inventora de todas las virtudes.» ¿Quién no querrá correr en pos de ella á tanto precio, especialmente oyéndola gritar á voz en cuello que quien la ame y la siga, será lleno de sus frutos y colmado de sus bendiciones? Vamos á ella en virtud de su palabra, y mediante su favor aprendamos la ciencia de imitarla.

§. II.—Que todos en general han de procurar imitar las excelentes virtudes de la Virgen.

I. S. Pablo decia á los filipenses que resplandecian como lumbreras en el mundo entre los judios y gentiles: ¡con cuánta razon pues podré yo decir que los santos en el cielo brillan como estrellas en el firmamento! Y si añado que entre ellos Jesus y Maria son como el sol y la luna, los dos luminares del universo, no haré sino repetir lo que sentaron antes infinitos santos y con mucha razon, supuesto que no exceden tanto el sol y la luna en claridad é influencia á los otros astros como Jesus y Maria á todos los demas santos en la excelencia de las virtudes y en la generalidad de sus efectos. En cuanto á lo primero es tan importante el consejo que nos dan los santos de proponernos siempre alguna idea grande de la perfeccion, como congruente que despues de las divinas virtudes de Jesus tengamos siempre los ojos fijos en las de Maria á causa de su eminencia. «Esta es la razon, dice el abad Ruperto, de que la amada y aun la muy amada entre todas las amadas sea la regla y el modelo de las otras.» Pero no debo de decir mas tocante á este punto, pues en el capítulo X del tratado primero dije ya bastante de sus virtudes en general, y al tratar de ellas en particular se palpará la ventaja que llevan á las demas.

II. En cuanto á la generalidad puedo decir en primer lugar que lo que obliga en extremo á toda clase de personas á tomar por abogada á la madre de Dios, es que estuvo universalmente adornada de todo género de virtudes heróicas. Si queremos saber la diferencia que hay entre la Virgen y los otros santos, consiste principalmente segun el angélico doctor en que estos por lo comun se distinguieron por una virtud particular, quién por la devocion, quién por la caridad, el uno por su

mortificacion, el otro por su mansedumbre, este por la abstinencia, aquel por la humildad; pero la madre de Dios las poseyó todas en un grado muy alto, es decir, todas en general y cada una en particular como si no hubiera poseído más que una sola. Puedo decir además que muchos santos se asemejan á ciertas estrellas, las cuales se ven en cierta region y dominan sobre un país ó nacion particular; esto es, hay santos que no son conocidos más que en Italia, ó en Francia, ó en España, ó en Alemania etc. Pero la suave y benéfica influencia de la Virgen se extiende general é igualmente á todas las naciones y lugares de la tierra, y como canta la iglesia, su vida ilustre alumbra á todas las iglesias del mundo sin excepcion. El resplandor de sus incomparables virtudes penetra en ambos hemisferios, y no hay ningun rincón debajo del cielo á donde no lleguen los rayos de su santidad. En tercer lugar puedo decir que así como las más de las estrellas están limitadas á algunos particulares efectos, del mismo modo muchos santos parece que son propiamente para cierta clase de gentes. Así Dios que ha dotado á su iglesia de todo lo necesario con la mayor liberalidad, ha puesto á algunos de ellos para que sirvan de norma á los solitarios, á otros para que guien y dirijan á los que viven en comunidad: unos son buenos para los casados, otros para las doncellas y viudas: los hay para los príncipes, los prelados y los diversos órdenes, gerarquías, condiciones, estados, edades y sexos. Mas la madre de Dios, dice S. Ambrosio, fué tal, que puede servir de espejo y dechado á todas las personas: los grandes y los pequeños, los principiantes y los provecos, los hombres y las mujeres, los jóvenes y los ancianos hallarán en ella materia para su aprovechamiento, y el que quiera acercarse á ella por imitacion, saldrá iluminado é inflamado juntamente. Esto es lo que me propongo dilucidar hasta el fin de este capítulo.

§. III. — De su viva fé y cómo debe ser imitada por todos.

I. La fé que S. Pablo llama el fundamento de nuestra esperanza, y S. Paulino el pábulo y alimento de todas las buenas obras, fué tan cabal y perfecta en la Virgen, que el sabio Abulense se atreve á llamarla el caudillo de todos los creyentes (1), no porque este título no corresponda propia y principalmente á su amado hijo, el cual es por excelencia la cabeza de todos los escogidos y de consiguiente de todos los creyentes, sino porque María santísima tiene un derecho especial á esa prerogativa por haberla llevado al mas alto punto de su perfeccion, siendo así que esta virtud no existió en Jesucristo. Entrando en mas particularidades, me parece que la fé de nuestra señora estuvo dotada de tres calidades eminentes y que fué muy clara y constante.

La fé de la Virgen fué muy clara.

II. Digo muy clara, porque antes de la promulgacion de la ley evangélica, antes de todos los discursos de los predicadores, ántes de los infinitos milagros, ántes de la confesion de los mártires y otras señales sin fin que hoy apoyan nuestra fé, la Virgen creyó mas viva y distintamente que nadie los misterios de la Trinidad, de la encarnacion, de la glorificacion de su hijo y otros, y como enseña S. Bernardo (2), fué la primera criatura que tuvo claro conocimiento de todas las circunstancias particulares de la economia de nuestra salvacion. Esto movió al glorioso S. Ildefonso (3) á darle el título de

(1) Paradox 4, cap. 31.

(2) Epist. 77.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

clara y perspicaz en la fé, y á S. Gregorio Taumaturgo á llamarla el depósito y retrete de todos los misterios (1). Ve aquí cómo le habla este mismo santo en la primera oracion de la Anunciacion: «Tú sabes, oh Virgen santísima, lo que ignoraron los patriarcas: tú aprendiste lo que no habia sido revelado á los ángeles: tú viste lo que no habian oido tantos profetas inspirados de Dios. Es verdad que Moisés, David, Isaias, Daniel y otros muchos hablaron abiertamente de los misterios de nuestra salvacion; pero estaban muy lejos de penetrar como tú el modo con que habian de cumplirse. En una palabra lo que estuvo escondido á todos los siglos pasados, se te descubre á ti; pero ademas tienes la particularidad de que depende tambien de tí la ejecucion de las mas de estas maravillas.»

Fué simplicísima.

III. Fué simplicísima, porque pasó por cima de todas las consideraciones capaces de hacerla vacilar y de acongojarla. Nadie hubo mas humilde que ella en el mundo, dicen S. Bernardo (2) y el Abulense (3), y ninguna criatura tuvo mas bajo concepto de sí. Por otra parte era inaudito que una Virgen pudiese concebir, y la calidad de madre de Dios era mas alta que todo cuanto puede haber en el entendimiento humano ó angélico. No obstante esto María á la primera palabra del ángel maduramente examinada creyó sin dificultad ni contradiccion que seria madre de Dios y virgen á un mismo tiempo, y consintió en lo que le proponia el nuncio celestial de parte de la santísima Trinidad: con ese consentimiento

(1) Orat. 2 de Assumpt.

(2) Serm. in Signum m.

(3) Paradox. 4, cap. 30.

mereció según S. Agustin (1) abrir el cielo, que hasta allí habia estado cerrado. Con efecto podemos decir con S. Anselmo (2) que la fé de María fué la puerta por la cual vino al mundo nuestro redentor Jesus, ó mejor dicho fué la puerta por la cual entraron con Jesus infinitas maravillas, que solo habian de efectuarse en la Virgen. Esto quiso significar su prima Isabel cuando dijo: «Bienaventurada tú que creiste, porque se cumplirá lo que te fué dicho de parte del Señor.»

Fué muy constante.

IV. Finalmente fué muy constante, porque no desdijo jamás de sí por ninguna dificultad ó apuro. La Virgen fué la primera que vió á Dios en el estado de infancia y necesitado de su auxilio: vió la fortaleza flaca, la sabiduría infantil, la majestad temblando: vió al rey de la gloria hacer la vida de un artesano: le vió abandonado de los suyos y enclavado en una cruz: vió todo esto y mucho mas sin desconfianza, sin turbacion y sin congoja de espíritu. Por el contrario vió prodigios de grandeza entre esa bajeza, y nunca dudó de que dejase de cumplirse hasta en la mas pequeña circunstancia lo que le habia sido revelado. No solo lo creyó de corazón, sino que hizo profesion pública de ello al pie de la cruz, cuando la tormenta de la persecucion habia ahuyentado á los discípulos y á los apóstoles mas animosos y zelosos del Señor, y con todas sus fuerzas procuró reducirlos al aprisco como á ovejas descarriadas.

V. A ejemplo de la virgen María sus queridos hijos pondrán en primer lugar todo su conato en tener una fé

(1) Serm. 46 de natal. Do-
mini.

(2) In cap. X Luc.

viva ó en tener los ojos de la fé claros, como dice el Apóstol. Se deleitarán en ejercitarse en la meditacion de los misterios de la fé y profundizar todo lo posible esa ciencia divina acordándose de que el Salvador del mundo enseña por S. Juan que en ella consiste la vida eterna, es decir, la felicidad del hombre, que comienza en esta vida y se perfecciona en la otra; y que S. Pablo en consideracion de esa luz divina desecha todo lo que tiene alguna apariencia de deleite, hermosura ó grandeza en este mundo. Dirán muchas veces con los santos apóstoles: Señor, aumenta en nosotros la fé; especialmente cuando en alguna ocasion se necesite de un entendimiento iluminado y de una luz mas que ordinaria, segun dice elegantemente el Crisóstomo explicando el título del salmo XLIV, donde David significa que es un cántico que ha menester de entendimiento (1).

VI. Ultimamente procurarán apoyar con tanta firmeza su fé en Jesucristo como el único fundamento de toda recta creencia, que nada pueda conmovérlo, ni las tentaciones, ni los asaltos, ni los sucesos desastrados, ni las adversidades, ni las persecuciones, ni todos los esfuerzos de los enemigos visibles ó invisibles. Aunque soplen con violencia los vientos de las calumnias, aunque se hinchen desmedidamente los torrentes de las amarguras interiores, aunque las borrascas de desconfianza, de oscuridad y de temor amenacen destruirlo todo, ellos se mantendrán siempre firmes, porque estan sentados sobre la piedra y se apoyan en la verdad certísima y en la palabra indefectible de aquel que no puede engañarse.

(1) Véase la adición de la puesta al fin del tomo en la nominada M. J. de Blemur, que va ta H.

§. IV.—De su singular confianza y cómo debe ser imitada de todos.

La confianza de la Virgen fué muy elevada.

I. La esperanza ó la confianza, en la que S. Agustin despues de S. Pablo pone la felicidad de esta vida (1), fué muy elevada, firme y fiel en la Virgen santísima. Digo muy elevada, porque si de alguna criatura ha podido verificarse lo que decia David: Muy alto has puesto tu refugio; es de la madre de Dios. Con efecto si la alteza de la esperanza depende de la solidez de la fé, acabamos de ver que nunca hubo una fé igual á la suya. Si la confianza sube á la par del conocimiento que tenemos de la fidelidad de Dios; ¿en quién fué mas claro ó excelente que en ella? Si á proporcion que un corazon está mas desasido de todos los afectos terrenos, se eleva con mas gusto y se une directamente á su bien sumo; ¿qué corazon hubo nunca mas libre y puro que el suyo? Si cuando una alma desconfia enteramente de sí y se abisma mas en la consideracion de su nada, está mejor dispuesta á fiarse de Dios y echarse en brazos de su amorosa providencia; ¿quién tuvo mas conocimiento de sí y desconfió mas de sus fuerzas que la madre de humildad? Si S. Juan dice con razon que si nuestro corazon no nos reprende, tenemos confianza delante de Dios (2); ¿en quién se cumplirá mejor esto que en la Virgen bienaventurada, á la cual nunca reprendió nada su corazon? En fin si cuanto mas pura es la esperanza, mas alto sube; ¿qué confianza podrá igualar en pureza á la de la hija, madre y esposa de Dios?

(1) De civit. Dei, l. 19, c. 4. (2) Epist. I, cap. III.